

CIUDAD DE BUENOS AIRES

RUBEN VELA



Ella me alimentaba de pequeñas patitas de mujer enclavadas en la aguja de su sed inmensa. Entonces, mientras yo me entretenía en los cálidos placeres, ella creaba en torno a mí un silencio de alambres, una gran jaula donde yo quedaba aprisionado.

Ella extendía sus manos hacia cada verdad y exclamaba: la soledad es la única muerte considerable.

¡Y qué decir de la mutabilidad de sus estaciones: fuego para el invierno, cristales para el verano, asombro para sus días detenidos!

Ella exploraba los mapas, adiestraba las tortuguitas domésticas.

Mi soledad era el crecimiento inmóvil de las plantas.